DARIO Y AMADO NERVO

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES

En 1966, al cumplirse el primer centenario del nacimiento de Rubén Darío, publiqué en la revista «La Torre», de la Universidad de Puerto Rico, un largo artículo refutando categóricamente, a mi juicio, el generalmente supuesto afrancesamiento del genial lírico. Creo que logré aportar pruebas eficaces de que tal «sambenito galo» le sentaba a Rubén como el par de pistolas al Santo Cristo de marras. Fue lógico que el indohispano, de sensibilidad exquisita, de exuberante imaginación, nacido y criado en tierras calientes y volcánicas, subdesarrolladas y patéticas, quedase deslumbrado contemplando moroso los encantos de la más bella y culta capital europea.

Antes que a él, había deslumbrado igualmente al cien por cien de los viajeros llegados de cualquier geografía del orbe. «¡París bien vale una misa!», exclamó el pantagruélico y escéptico Enrique de Navarra. ¡Y mil misas vale París!, apostillo seguro de quedarme corto en el número de misas. ¿Cómo no iban a causar a Rubén mozo, crepitante admiración frenética los grandes bulevares y avenidas, los bosques y jardines, Montmartre y Montparnasse, los monumentos sensacionales bélicos y religiosos, las bibliotecas y los museos; los rincones de la bohemia latina aun con la letra de Murger y ya con música de Puccini, las picantes canciones callejeras acordeonadas, la fascinante vida nocturna inmortalizada por los pinceles y carboncillos del impresionismo, las tertulias literarias de los viejos cafés galantes; los nombres prodigiosos de Verlaine, Baudelaire, Richepin, Moreas, Lautremont, Rimbaud...?

¡El gran París bazar de los ensueños del mundo! Como un delirante mozo perdido por un paraíso de subyugadas tentaciones, Rubén vivió en París. Y, cierto: se le contagió imitar a los más famosos beodos alucinados por el ajenjo, amancebados con la diosa Poesía, atrapados por la odiosa Necesidad. Sí, aprendió pronto a emborracharse con bebidas de colores de piedras preciosas. A la voraz ilusión lírica de Rubén la dejó transida y enervada el París romántico y parnasiano, simbolista y decadente. Precisamente los caminos líricos que Rubén soñaba. Sino que...

Sino que... ¡primer síntoma de su falta de afrancesamiento, de su oposición rotunda al afrancesamiento!: sus inmediatos deseos y alardes de «conformar al castellano» los efectos más esenciales de aquellos movimientos literarios. De conformarlos y darles vigencia de originalidad española. Ya, años antes de esta primera visita de Rubén a París, la radical determinación de éste «de no dejar de ser americano español en la poesía y en idioma», la había advertido don Juan Valera —desde Madrid—, al escribir su «Carta americana» (de 22 de octubre de 1888), dedicada a comentar el libro de Rubén «Azul», en la que afirma rotundo: «Usted no es romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni decadente, ni simbolista, ni parnasiano...» Exacto: Rubén sintió extrañas influencias, pero supo cristalizarlas en su sí mismo indohispano que soñaba, rimaba y escribía en español.

Su pasión, desde siempre y para siempre, por lo hispano de su estirpe y de su genio. ¿Dónde acrisoló esta pasión irrefrenable y fecunda? En España. Y dentro de España, en Madrid. Recordemos que Rubén Darío, antes de ir a París y luego de regresar de París, no dejaba de visitar Madrid; y que en Madrid encontró el mejor clima para su cátedra lírica y sus mejores amigos y sus más incondicionales admiradores. París ya adoraba a su «pauvre Lelian» y no estaba dispuesto a que su adoración por éste la compartiera un advenedizo indohispano.

DESCUBRIR ESPAÑA

Sería necio pensar que Rubén dejó de advertir, implacable, las enormes diferencias existentes entre el París y el Madrid de fines del siglo XIX, todas ellas a favor de aquél. Sin embargo, ¿qué hechizo íntimo tenía para él aquel Madrid pobretón y derrotado, capital de una España arruinada y desangrada por años de locas aventuras precisamente en tierras de Hispanoamérica, que le inyectaba el optimismo, el orgullo de raza a la espera de tiempos mejores, el lenguaje invencible e insuperable, el más hondo amor? Algo tan misterioso como entrañable. Cual si quisiera limpiarse y purgarse de su contagio galo «de circunstancias». Regresar siempre «a sus orígenes» es el deseo más puro y la misión más honrosa de los espíritus de excepción. ¿Cuáles mejores pruebas de cuanto he afirmado que leer los poemas y las prosas de Rubén? Jamás en ninguno de ellos su admiración por Francia sobrepasó a la sentida por Hispanoamérica.

Correspondiente a tales vivir y proceder de Rubén, la fuerza indómita con que este genial poeta desvió el hasta entonces inevitable turismo de los escritores de la América española: de sus respectivos países a París; y de París a sus respectivos países. ¿Y España? ¿Y Madrid? ¡Bah! A ninguno de ellos parecía interesarles lo mínimo, ¡Pobre España despellejada y pobre Madrid mendigo! Y fue Rubén, «nuestro Rubén» español de América, quien, dómine inapelable por su alta jerarquía poética ilimitada, señaló el nuevo rumbo: tenían ellos, los españoles de América, que descubrir España en la Universidad de Madrid. Como si Rubén el coloso, el nuevo Colón azteca, impusiera el rumbo: «¡A París, pero por Madrid! ¡Y de París a Hispanoamérica, pero por Madrid!

Indispensables baños de hispanidad para cuantos hubieran quedado alelados o enloquecidos por el papanatismo galo. Pues que ya era llegada la hora clave para que cuantos hablasen y escribiesen la lengua fabulosamente rica del hombre y del poeta Rubén, reconocieran con sus actos y sus obras, que fue aquél uno de los más seguros salvaguardias de la Hispanidad y, por ello, la figura más significativa y ejemplar de una unidad racial pletórica (él, uno de los mayores contribuyentes) de moderna estética, de moderno lenguaje, de moderna seguridad en sí mismo.

Cuando a Madrid, a España, se les fue «nuestro Rubén», para desvivirse unamunianamente en su patria nativa, como legado el más precioso que pudiera dejarles, dejó de par en par abiertas las puertas de uno y otra, y soberano el mandato para que por ellas fuera inexcusable la entrada curiosa y la salida gozosa de todos los americanos españoles que se decidieran a viajar por Europa. Madrid, sí, la primera obligada estación de ruta y la última del regreso, para que en ella se reafirmaran —a la ida— en el americanismo hispano y —a la vuelta— el hispano americanismo. ¡Grandioso legado el de

Rubén, insuperable legado... para y por los siglos de los siglos! Por ello, cuando en Madrid se le erigió, en la glorieta que lleva su nombre, el inadecuado —por modesto, por insignificante— monumento: pequeño busto en bronce sobre austero monolito, si entonces se le hubiese consultado a Madrid, como era de rigor, pues que Madrid tiene alma y lengua, Madrid hubiese ordenado esculpir en la cara del monolito, en caracteres áureos, la gloriosa —para España— última estrofa del poema rubeniano «Al Rey Oscar»:

«Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial aliente un sueño,
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España!»

EL CISNE NEGRO

Al írsenos «nuestro Rubén», el blanco cisne olímpico aleteador de todas las rutilantes bellezas, nos quedó en Madrid «nuestro Amado Nervo», otro español de América, el cisne negro de todas nuestras más nobles melancolías. Amado Nervo, que se enorgullecería siempre de su españolismo y que acabaría por hacer de Madrid su residencia más apetecida y de sus segundo y tercer apellidos —Maldonado y Orgaz— muy enraizados en los más hidalgos conquistadores y en los más austeros caballeros enlutados del Greco —un muy honrado blasón de hispanidad neta. El gran poeta que siempre estuvo receloso de que la «Llama Viva» de su alma se extinguiera en la «Selva Negra» de sus escepticismos; y siempre seguro de que su «modernismo castellano» nacía de su musicalidad interior y... de Rubén Darío. Amado Nervo fue, según aquél, un ser «que tenía ciertamente una cara israelita y un aire nazareno... ¿Os he dicho ya que se parece a Jesucristo?»

Si Rubén conoció Madrid antes que París, Nervo vivió muchas veces en la capital de Francia —antes de conocer la de España— realmente fascinado por aquélla. Pero, pese a tal fascinación, Nervo, según él mismo confesó, regresó a su México más mexicano que nunca. Y es que, los americanos con sello español de vigencia universal, sólo en Madrid encontraron el mágico que podía acuñarles el oro espiritual de la máxima aquilatación. ¿Quién encaminó decisivamente hacia Madrid a Nervo? Su gran amigo Rubén, con quien convivió varias veces en la «dorada y seductora Lutecia». Los apasionados y vivísimos recuerdos que Rubén guardaba de España, de Madrid, sus panegíricos juicios del país, de sus habitantes y costumbres, artes y letras, lograron remover el alma exquisita del que había de ser el mejor poeta de México.

Acuciado por los consejos de Rubén, Nervo aceptó el cargo de segundo secretario de la Embajada de su patria en Madrid. Y en Madrid ya estaba muy a principios del año 1906; y tanto gusto le tomó, pronto, a la Villa y Corte, que desde entonces —salvo breves estancias en París, Viena y Roma— no se movió de ella hasta 1918. Se notaba en Madrid como en su propio país. Sus amigos y admiradores eran tantos como escritores y artistas vivían en la capital de España. Y tanto se le admiró como literato, que una novela breve suya, titulada «Un sueño» apareció el 26 de abril de 1907 en el número 17 de la archifamosa revista semanal ilustrada «El Cuento Semanal», en la que por entonces sólo colaboraban los grandes maestros de la narrativa española. Otras novelas cortas suyas honraron varias revistas similares madrileñas; y en la más popular de ellas, «La Novela Corta», las tituladas: «El diablo desinteresado» —1916—, «Una mentira» —1917—, «El diamante de la inquietud» —1917— y «Amnesia» —1918.

LAGRIMAS Y FLORES

Y en Madrid se le murió, el 7 de enero de 1912, su más grande amor: Ana, «la amada inmóvil», conocida en París el 31 de agosto de 1901. Y en una de las viejas Sacramentales madrileñas, a la orilla derecha del Manzanares, inmediata a la ermita de San Isidro, sigue enterrada... con una lápida que ya es... un olvido, de tan borrosa como está su leyenda. ¿Cabe un suceso cordial más significativo para un tan gran poeta como Amado? Desde aquel 12 de enero de 1912, Nervo visitó con frecuencia la tumba de su amadísima, dejándola poetizada cada vez con lágrimas y flores.

Puede fácilmente entenderse el amor que tuvo Nervo a Madrid, sabiendo que vivió recogidamente en la calle de Bailén, en el piso tercero de un inmueble burgués, con balcones adelantados hacia el Real Palacio, las Reales

DARIO Y AMADO NERVO

Caballerizas, el hermoso Campo del Moro, las lejanías boscosas de la Real Casa de Campo, el enorme anfiteatro de la Sierra Carpetana (cuyas luces inviolables y únicas por sus bellezas nos descubrió Velázquez y nos consagró Goya). En este piso escribió Nervo acaso sus más bellos libros: «Serenidad» —1912—, «La amada inmóvil» —1915—, «Elevación» —1917—. Y en Madrid, entre los años 1920 y 1925 apareció —en XXIX volúmenes de lujo, ilustrados con primor— la primera edición de sus Obras Completas, editadas por «Biblioteca Nueva», editorial la más prestigiosa de Madrid, entonces. Y también en Madrid, en dos nutridísimos volúmenes de casi cuatro mil páginas a dos columnas, la edición definitiva de sus obras, en 1958, encuadernadas en piel, con ilustraciones. ¿Cabe más enternecida dedicación de Madrid a su muy Amado Nervo?

Personalmente conocí al gran poeta en un día primaveral de 1917. Agrupadamente los componentes —quince, de quienes sólo yo aún vivo y coleo— de una muy juvenil tertulia literaria madrileña, le visitamos, enfervorecidos y con el vehemente deseo de conocerle de visu y de estrechar su mano creadora, larga, pálida y fina como la de un poeta renacentista florentino. Nos recibió en su estudio, amplio y con dos volados balcones hacia el mejor horizonte madrileño. En aquella tarde primaveral, ya se estaba pintando la magia de uno de los más seductores juegos de luces crepusculares.

El gran poeta se cubría con un largo batín de seda granate con pálidas rosas. Aparecía depilado de barba y bigote. Era amplia la calva amarfilada, finos sus labios, ganchuda su nariz, blanquecina su tez, huesudas sus manos. Sólo en sus pupilas oscuras resplandecía un extraño fulgor. Sus palabras sonaban quedas y espaciadas. Su enjutez corporal era extrema, ascética. Y nos miraba como sin vernos, pasando constantemente su interés visual por las luces irresistibles de aquel crepúsculo, uno más de la serie especialmente fabricada para Madrid. Crepúsculo que nosotros contemplábamos, no en directo, sino reflejado en un gran espejo cornucopia colgado en el muro de fondo del estudio.

A cada uno de nosotros, adolescentes, nos preguntó algo de nuestras vocaciones universitarias y literarias, con una vaga y efímera simpatía.

Nuestras contestaciones eran cortadas, balbucidas, sumisas. Y en sus manos, ascéticamente hidalgas pusimos una carpetilla que tenía quince poemas, uno por cada visitante, todos a él dedicados. El mío era una paráfrasis de su exquisito poema a Tomás Kempis, y del que no recuerdo sino la primera estrofa:

«¡Oh, Nervo, Nervo, triste poeta,
con tus poemas, qué mal me hiciste!
¡Tenía mi alma serena y quieta,
y ahora la tengo inquieta y triste...!»

Las restantes estrofas olvidadas eran tan malas como la precedente. Ojeó nuestra ofrenda... Nos prometió agradecérnosla por escrito y aun dedicarnos un poema. ¿Se le olvidó su doble promesa? No mucho tiempo después salió de Madrid como de puntillas. Los pocos escritores que le despidieron en la estación del Norte aseguraban que marchaba macilento, casi angustiado por su melancolía.

Como «nuestro Rubén», «nuestro Nervo» dejaba Madrid para irse desviviendo rápidamente hacia un lugar de Hispanoamérica que no era su México, sino Montevideo, el 24 de mayo de 1919. El amor —compenetración por el entendimiento— de Nervo por Madrid quedó bien patente en uno de sus libros en prosa más líricamente seductores: «Los balcones». Sí, aquellos balcones de su piso en la calle de Bailén y desde los que se contemplaban los paisajes y los crepúsculos más avivadores de la inquietud y de la gracia espiritual. Libro dividido en tres partes: I. «Mirando a la tierra». II. «Mirando al cielo». III. «Entre el cielo y la tierra». Siendo la tierra austera carpetana; y el cielo velazqueño, combo de seda y de interiores luces; y habiendo entre éste y aquélla una atmósfera preparada, como una escenografía poética, para la fabricación de todos los ensueños.

AGUILAS Y LEONES

Desde sus balcones, Nervo contempló cien veces el relevo sonoro de la Guardia del Real Palacio; las salidas y entradas de las carrozas reales para llevar y traer a los embajadores entre marchas trompeteras y aireados gallardetes sobre corceles gualdrapados y lustrosos; los pintorescos y alborotadores regresos dominicales, desde los merenderos alapados a las orillas del Manzanares, de muchos miles de menestrales de ambos sexos; los desagradables traqueteos sobre el empedrado de las últimas carrozas de bueyes y los estampidos petardos de los primeros autos; el abrirse y cerrarse de los suntuosos balcones palaciegos; el gran suceso y no menor alboroto del paso relámpago del cometa Halley; el deslizarse, patinando en el helado lago del cielo, de estrellas y luceros, diamantes de la inquietud; las melancólicas noches de luna amarfilando la mole del Real Palacio y cairelando las frondas altas del Campo del Moro; las pisadas y las inconcretas palabras de los noctámbulos; el manso ruido del agua regada sobre la tierra de los tiestos de los balcones vecinos; los gozosos revuelos de golondrinas y vencejos al amanecer ya calentito; los diálogos de viejos y jóvenes, de balcón a balcón, en las casas vecinas...

¡Nobilísimo y encantador legado el de Amado Nervo a Madrid, ombligo y corazón motor de la Hispanidad! Madrid ha dedicado a «nuestro Amado Nervo» una bonita y moderna calle en un barrio burgués y una modestísima lápida en la fachada de la casa de la calle de Bailén donde vivió tantos años. Si el Concejo de la Villa y Corte hubiese consultado, como era su deber, a Madrid, Madrid hubiera ordenado que en una lápida mayor y mejor, más abajo del nombre glorioso y de los precisos adjetivos panegíricos, se esculpiera, en áureos caracteres mayúsculos, el sensacional y españolísimo poema de Nervo, titulado «Aguila y leones», que yo ahora reproduzco por imperioso deseo de mi Madrid, a quien le cumple recordar cuanto de enaltecedor se dedica a España. El poema dice así:

«¡Oh España que nos diste tu altivo león rugiente:
gracias! Seremos dignos de su pujanza heroica,
y en premio del regalo y a cambio del presente,
ofrendamos el águila potente,
en el combate, brava, y en el dolor, estoica
Los numerosos pueblos hermanos que en ti fijos
tienen los grandes ojos, negros y soñadores,
y que, como nosotros, se ufanan de ser hijos
de cepa tan gloriosa, te ofrecen sus cóndores,
te brindan sus estrellas, sus manos enlazadas,
sus vivos gorros frigios, sus cerros humeantes,
y todos erigimos nuestras cimas nevadas
como torres gigantes,
para que a ellas asciendan las águilas osadas
o rujan en sus crestas los leones rampantes.
¡Oh Madre, Madre augusta de las veintiún naciones;
rimemos los latidos de nuestros corazones;
y, unidos para siempre nuestros veintiún pendones,
marchemos por caminos de paz y bienandanza!
¡Somos de raza de águilas y raza de leones!
Tengamos esperanza.—F. C. S. R.